
(Archivo de brumas)

Poesía

JOSE MANUEL VIVAS
HERNANDEZ

(Bruma primera)

No crucemos esta línea ya más
volvamos desde la profundidad del agua
hasta los límites de la razón
quedarán el dolor y la tristeza
¿Para qué esperar?

(Bruma segunda)

¿Qué ciudades pueblan las sombras de la tarde?
Preguntan mis intenciones y mis dudas
aletargadas
en la observación detenida
de tanta muerte.

(Bruma tercera)

Puede ser

que estemos allí

casi todos los necesarios

o tan sólo los últimos

habitantes de la nada

(Bruma cuarta)

Poliedros desatan batallas

amordazan opacos escenarios

carcomen la ignorancia

beben difusos de la nada

y del temor abstracto de los hombres

(Bruma quinta)

Y que el tiempo sea largo
que la tarde espere antes de fallecer
que detenga el reloj su ritmo mortal
que atenúe la noche
su historia de sombras

(Bruma sexta)

Vendrán los siglos en calamidades
los caminos abarrotados de soledad
la ausencia en tropel sobre la espuma
y en mi casa este perfume amargo
del silencio y la palabra

(Bruma séptima)

Qué devenires arrebatamos al silencio
desde las profundidades de la noche
en que nos pueblan
desalados ángeles
arboledas de incienso
y las despobladas urbes del olvido

(Bruma octava)

Esta extraña desazón va poseyendo
los días en que habitamos
las calles que persiguen los recuerdos
el lecho de unos pasos taciturnos
por el asfalto de esta ciudad
tan sepultada

(Bruma novena)

Vienes de las brumas y las canciones

desnuda

hasta mi cuerpo habitado

por las inmorales arañas de la noche

fugitivas y alertas

tejiendo tu vestimenta sin pudor

tan blanca

tan mortal

(Bruma décima)

Traigo apoyado por las calles

el leve perfume de la ternura

las oníricas miradas de la tristeza

y te prevengo de mi dolor

por si sales a la ciudad desnuda

traicionada de todos

con el olvido que te ofrece

el silencio de los demás

su reprochada angustia.

(Bruma undécima)

Descansa nuevamente de mis manos
no apartes esta vigilancia que me tienes
puedo regresar cómo un animal herido
buscando las tenues caricias de tu pelo
antes del amanecer

(Bruma duodécima)

Dicto las sentencias que habitan
sobre la definición de tu cuerpo
prolongado hasta la grave presencia
del desconsuelo
para decir que soy culpable
siempre y cada amanecer
cada vez que te miro
insosteniblemente

(Bruma decimotercera)

Si sombras abres
me deslizo sobre las sombras
si das luz
enorme
teñido de desamor quedo
sobre la luz como un cadáver

(Bruma decimocuarta)

Pide mis manos
o el aroma de mi piel
la luz de mis cabellos
o esta penumbra
que eriza mi cólera
y mi lujuria.

(Bruma decimoquinta)

Bajan líquidos equipajes por tu espalda
rotos espejos te suplantan el corazón
y la ternura
yo aquí te espero
desnudo y sólo
con estas sombras en soledad

(Bruma decimosexta)

Qué ritmo de tambores sondean tus orillas
saltan al vaivén de tus labios temblorosos
y juegan al unísono con estas manos
con este cuerpo deshojado y roto
que nombra su indiferencia
y su indignidad.

(Bruma decimoséptima)

Pardo el regazo de los días

ligera su sombra eterna

perpetuo su sollozo

y tú

luna que despierta

la desazón y el deseo.

(Bruma decimoctava)

Laten los oscuros caminos

en donde con pereza se elevan los pasos

y el olvido surca bosques perennes

lagos de ociosa calma

el devenir de los hombres ajenos

por la esculpida porción de aire

que aún manejan

y agotan

por el dolor que sus rostros señalan

y la marca del fuego

sobre sus corazones.

(Bruma decimonovena)

Tengo el arpa sesgada de la ironía
poblando la estancia y el recuerdo
doy con mis manos a las agitadas cuerdas
el sedante paseo de viejas músicas
y veo la muerte pasar desnuda
junto a todas las miradas
todas las tristezas
y al leve espíritu iluminado
que me provoca.

(Bruma vigésima)

Son ángeles los que pueblan mis sueños
habitan en ellos como escorpiones
o como pálidas aves nocturnas
pronuncian mi nombre y mis intenciones
encienden ciertas luces que pretendo
y se escapan ebrios y escurridizos
por el pliegue último de la noche.

(Bruma vigésima primera)

Luna de día

vieja pasajera del mundo

acompañame a la escena última

al terco empeño de la vida

sólo un momento

sólo el instante justo para morir

o para soñar que he muerto.

(Bruma vigésima segunda)

Sales de vientos persiguen mi nombre
lentas aguas debaten mi postura
crezco por el lodo preciso de las sombras
merezco la luz como la tristeza
tal vez como una leve penumbra en el bosque
o la tenue esencia de un vuelo
pero estoy aquí
dolido
apresurado
esquivo y temeroso
silueta de una piel en fuga
constante
de este verso como un disparo
del pálido sucumbir
de la tormenta
o la voz cálida que aún me nombra
en todo momento y lugar.

(Bruma vigésima tercera)

Creo que encontré las normas
y los dictados
del agua
que ciertas humedades
enfrentan mi razón
con la pálida luz del desconsuelo
que escucho el rugir de la lluvia
sobre tibios cristales
su recorrido de lágrima
su breve camino de río
ante mi rostro
y la concisa incredulidad
del árbol moribundo.

(Bruma vigésima cuarta)

Vienen pasos por la nostalgia
ayer es un camino imperecedero
que nunca recorrimos
y me preguntas si recuerdo
si estoy perenne en tu memoria
o ilícito por la bruma de aquellos días
desencontrados.

(Bruma vigésima quinta)

Vieja noche con sus horas eternas
agotadoras
con sus largos cabellos de silencio
con el estigma venerado
del desconsuelo
vieja y absurda noche
pintoresca y escurridiza
enemiga del sueño
regresar deberías al olvido de los bosques
y quedar allí sepultada
entre las ramas altas
o bajo las profundas raíces
ya para siempre.

(Bruma vigésima sexta)

Ardía la ciudad
sus elevadas torres
como humos perseguidos
como la llama del derrumbamiento
ardían las calles
las aceras con su brillo de olvido
los jardines en sombra
y tus ojos en fuego
ardía la ciudad
y un extraño calor de manos
sobre mi piel quemada.

(Bruma vigésima séptima)

Noches deambulan por tu vientre
aguas de un mar en retirada
y las canciones que nunca escuchamos
regresan
por la bruma que las breves miradas
retienen.

(Bruma vigésima octava)

Escucho los esforzados signos de la nada
el escaso crédito que otorgan viejos ecos
y me persigno de la oscuridad que mañana
romperá los estigmas de este pulcro silencio.

(Bruma vigésima novena)

Cerca de los abismos
en sus forzados bordes
nacen vuelos para el olvido
suicidas cuerpos para morir
o el desamparo de los sueños.

(Bruma trigésima)

Loado el bien

alabado su insigne nombre

la huella que su estela permite

y la sangre que su insistencia

derrama.

(Bruma trigésimo primera)

El octavo día brotó la semilla

el río desgranó sus orillas verdes

el fiero animal buscó la muerte

y el hombre su origen

y su derrota.

(Los habitantes de la lluvia)

Miré mis pies descalzos
dejar sus huellas levemente
sobre el barro del camino
y estaban allí los habitantes
de la lluvia
jugando
al corro de la vida
a las tres en un rayo
o solo mirando nubes grises
con su profunda tristeza.

(Vienen espigadas armas)

Vienen espigadas armas desde todos los caminos
a mi casa
y me hallan sumido en batallas que no entiendo
en la lectura febril de los crucigramas
lejos de los ruidosos mercados de la palabra
súbito y espontáneo
dormido al fin como los sueños
cabalgado de ignorancia
cadáver
de los versos.

(Los pastos del olvido)

Descubrí los pastos del olvido
las añoradas serpientes del infinito
rezongar por los caminos y las piedras
buscándome
mentando mi nombre con furiosa terquedad

Abrieron las aguas sendos ríos
en que pueblan difíciles aves
deambulando entre el limo de las orillas
y las laderas del silencio
llamándome
tocando mis ojos con púrpura nostalgia

Decidí el amor que me sustenta
desdibujado en las sombras de las encinas
pasajeras
de los insectos desposeídos
que se acumulan a mis lágrimas
añorándome
clavando su lengua de sangre con tierna pasión.

(Llantos)

Llantos soporto como castigo
diarios regresar por las fuentes
de este mar
de olvido
llantos destrozan la inapetencia
la sangre alteran
los ojos adivinan
como llagas sobre la piel de un niño
como niños sobre las llagas del camino
llantos avanzan por la estrecha vereda
del agua y el viento
almorzando gritos
ausentes de razón
tan peregrinos
llantos son sus pasos de fuego
su huella de dolor en los desiertos
de la muerte
llantos sus bocas y sus cuerpos
la esperanza llanto
y el silencio
llanto de la ignorancia
que padecemos.

(Pierdo la fe)

Pierdo la fe como la vida
como se pierden los pasos
en los desiertos
o las miradas por los pantanosos
senderos del dolor y la muerte
y es la esperanza un único anhelo
vertido en batallas que hemos de perder
derrotados y exhaustos vagaremos
por las fronteras de la nada
olvidados de los dioses y las estrellas
para una sinrazón única
para un destino de piedra
tan habitual
tan humano
como esta fe que ya no tengo
que ya no me sustenta más.

(La luna y la espada)

Bajo a los espacios circulares
donde arden las arenas de la sangre
donde braman de impotencia
las viejas lunas de la muerte

Ando taciturno sobre las sombras
de la tarde
ebrio del sabor oculto de otras savias
amargas
de las luces quebradas
danzantes y esquivas
del fiel acero verdugo
y la limitada porción del día
en que habitan la crueldad
y la lujuria.

(De nuevo la sangre)

De nuevo la sangre
del odio
a borbotones reconoce
su afán de glóbulo rojo
sobre el tinte blanquecino
de las sábanas hiladas
por las últimas manos
inocentes.

(De mi espalda)

Hace tanto tiempo que no miraba mi espalda
que no reconocía su anchura
su encorvada línea fronteriza
soportar la dura carga de estos días
fugitiva de historias sin olvido
anclada en la porción de silencio
que ofrecen las alamedas del miedo
las simas de la ignorancia
Hace tiempo que no soportaba
la ingente imagen de los espejos
reflejar la desnudez de mi espalda
herida al fin por múltiples llagas
marcada por la traición
y la soledad
detestada a empellones
por las furtivas miradas
por la escasa porción que de amor le otorgan
manos cálidas
besos furtivos
y un extraño abrazo nocturno
dormido en las fauces del deseo.

(Como un pájaro atroz)

Debe tomar cumplida venganza
la tormenta
nuevamente provocada
por las oxidadas armas de la muerte
por los estancados designios del agua
Y debe hacerlo como un durmiente presagio
de sombras
como el soplo infectado de la sangre
desolando las estancias del olvido
desatando las estiradas manos del odio
y la destrucción.
Tomará cumplida venganza
no lo dudéis
desde las orillas de los acantilados
hasta los profusos desiertos
por los senderos de la selva
hasta las plazas solitarias de las ciudades
arrasando muros
levantando los tejados
descerrajando vidas

y solicitando lágrimas infantiles
estómagos inflados por el agua
animales derrotados
casas hundidas en la promiscuidad
del barro
Tomará su justa venganza
como un pájaro atroz
revoloteando entre las débiles cabañas
de la pobreza
infectando la carne y la sangre
de un cáncer inexpugnable
pudriendo los amplios ríos
y asolando los recogidos campos
provocará las iras y el odio
entre los olvidados habitantes
de la miseria
como siempre
con esa injusticia tan desigual
tan cruel
tan descaradamente humana.

(Medito en mi dolor)

Medito en mi dolor
por que mi dolor se engendra
de las tibias oscuridades del alma
y en él habita taciturno
como una sombra vasta
que al mar atribuye el efímero sopor de su latitud
y de su origen

Y en mi dolor se esconden
lejanos paisajes de ensortijadas veredas
de bosques derrotados
de sangre y fuego y miseria
repartidas sobre la bruma espumosa
de otras mañanas
en el ocre estigma inhumano
de la desolación.

(Por los bordes de la noche)

Ya viene la noche
desatada en luces
invertebrada
la noche que brota
entre sábanas y sueños
desploma mi cuerpo
por las angostas fronteras
del temor
y orada senderos
en la memoria
visita las oscuras estancias
como alcahueta incesante
perenne sobre los armarios
dócil y relegada
a la porción del tiempo
que devora con presteza
que ofrece al desaliento
que destina al amor
o a la pereza.

(Harto de ser)

Creo que he vivido multitud de ocasiones
que voy regresando de continuo
sobre los mismos pasos
por las mismas veredas
con la carga inútil del desaliento
postrada sobre mi espalda
con el mismo sopor gélido
y melancólico de la existencia
otra vez más

Y no me reconozco en las cosas
ni en los hombres
miro y no me encuentro
en los espejos del alma
ni escucho los gritos de la razón
únicamente padezco
la dejadez de las sombras
el sortilegio de las brumas

el descansado alivio del agua
contra las piedras
y esta leve postura
de árbol infinito
de raíz profunda
de barro violentado
por las bestias
cualquier día en que me hallo
harto de ser
cansado de estar muerto.

(Tú eliges)

Qué mundo deseas

El estado puro de las viejas atmósferas

o el delicado enjambre de incendios que nos habita
desde siempre.

Tú eliges

en tus manos se escribirán los años venideros

es tu ley la que asignan los astros y los dioses

no esperes a que elijan por ti

decide.

Yo aquí solo espero

la dulce muerte de las presas

esta terca mañana de cacerías.

(Del porvenir)

Ese denso porvenir se aferra
como un animal herido
a mi sombra
lleva escrito mi nombre en su espalda
en los confines inéditos de su rostro
y un estigma de pesadumbre
en su mirada.

(El tiempo evocado)

Tiene postura de árbol el silencio
y en sus ramas altas un perfume
de nostalgias añejo y sosegado
crecen los pesares como espinas
como frutos reventados
por la furia de la carne dulce
que los habita
por la simiente abrupta
que los cercena
o la tirana pasión de las aves
por su alimento
Y es vida lamentada esta derrota
muerte de los días que se repiten
de las estaciones en donde pululan
insectos enfervorizados por el vuelo
la luz estancada y la lluvia tosca
sobre el camino
o la caprichosa procesión de las horas
hacia el ocaso.

(Mareas)

Las mareas engendran aguas
blancas y espumosas en las orillas
lenguas de algas y cadáveres
náufragos de camisa blanca
o sirenas envenenadas
por las oscuras intenciones de los hombres

Las mareas traen inviernos desgranados
fríos perennes
alcalinas vicisitudes
y un alma de panderetas quebradas
contra los arrecifes

Ya vienen las mareas
obtusas presurosas
cabalgadas en la nostalgia
de ciertos mares
de océanos enfurecidos
de un alarde de olas
y por las estancias del temor
recorren este anunciado designio
sus estelas de agua y desgana

sus esqueletos mutilados
los abandonados pasos de luna
entrecortada
y un bocado de nostalgia perenne
como aquellos vientos de marzo
como la breve porción de las sombras
sobre la dulce playa.